

Fragment de l'article

Larrauri, Maite (1989). La anarqueología de Michael Foucault, *Revista de Occidente*, nº 95: 110-130 (el fragment de pàgines 124-128).

“Foucault piensa que la subjetividad del ser humano occidental está constituida de tal forma que sucumbimos irremisiblemente ante la verdad, que nos sometemos voluntariamente ante la verdad. Creemos que si una verdad necesita de un suplemento de poder para imponerse es que no es una auténtica verdad. Es esto lo que pensamos de las religiones o de algunas creencias que forman la base mitológica de las sociedades. Para nosotros la ciencia o la verdad no necesita de ningún poder para triunfar: brilla por sí misma. En Occidente, la verdad es poder por sí misma, tiene derechos sobre los hombres por sí misma, produce efectos y obligaciones por sí misma. Sin embargo a Foucault le parece que el imperio de la verdad ha sido creado por nuestra historia, ha sido algo añadido a la verdad ya que está, por sí misma, no lleva implícita la sumisión de la que nosotros no parecemos tener la menor duda (....).

El poder de las ciencias reside en que no dudamos del carácter obligatorio de sus verdades. De nuevo la cuestión es difícil de aprehender: Foucault no está diciendo que las ciencias sean falsas, ni que haya de dudar de las verdades que exhiben, sino que hay que buscar la manera de combatir el carácter de sumisión que parecen implicar, dejando al descubierto que podemos reconocer algo como verdadero sin aceptar las obligaciones que de ello se desprenden.

Para empezar a levantarse contra el poder de las ciencias tenemos que entender el papel que han jugado en la formación de nuestra subjetividad. El combate está en nosotros mismos puesto que nos identificamos y reconocemos como lo que somos a través de numerosos discursos psicológicos, médicos, legales, sociológicos, que aceptamos en nosotros como verdaderos. Mi identidad como mujer, como profesora, como cuerpo sano o enfermo, como ciudadana, como madre son algunas de las verdades que no puedo dejar de ver y que me constituyen. El problema de estas evidencias es que parecen no dejar salida, parece que haya que aceptarlas con carácter inamovible, que nos podamos oponer: las ciencias que tienen como objeto al ser humano dicen que las cosas son así y nosotros, como miembros de una sociedad en la que la verdad obliga, no tenemos más remedio que someternos. Sin embargo (...) todas las relaciones de poder tienen, aun en las peores circunstancias, su parte de resistencia. (...). La anti-psiquiatría, la anti-medicina, el movimiento de liberación gay, los movimientos feministas, las objeciones de conciencia, los movimientos juveniles sirven de catalizadores para observar cómo se forma una resistencia al poder de las ciencias o de las racionalizaciones. Estas luchas, y otras semejantes, tienen en común el hecho de no plantearse en el terreno tradicional de las luchas políticas ni de las reivindicaciones económicas. En ellas lo que se pone en cuestión es el estatuto mismo de los individuos en la medida en que se combate el poder que ignora lo que somos individualmente y que, al mismo, determina nuestra identidad: contra la totalización y la individuación en la que nos vemos atrapados y contra

la cual reaccionamos, lo que significa que ni queremos ser un elemento más de un conjunto, ni queremos que se fije nuestro comportamiento individual. Foucault descubre detrás de todas estas luchas que, en realidad, el objetivo de todas ellas no es tanto el descubrimiento de quiénes somos, la búsqueda de la propia identidad, sino más bien el rechazo de la identidad a la que se nos somete. Hombres, mujeres, jóvenes, enfermos, ciudadano, que no quieren seguir respondiendo a lo que se espera de ellos en tanto que hombres, mujeres, jóvenes, etc. Este es el sentido de la consigna dada por Foucault en los últimos tiempos: se trata de rechazar lo que somos, hay que desprenderse de sí mismo (...).

En efecto, nosotros, modernos, hemos llegado a creer que nuestra naturaleza encerraba todas las verdades que constituyen lo que somos y por tanto hemos dado a las ciencias del hombre un papel preeminente. Ellas nos descubren nuestro interior, el origen de nuestras pasiones y nuestros deseos, de nuestras ideas y de nuestros gustos. Nos constituimos como somos aceptando el imperio de los discursos científicos ya que nos revelan lo que en realidad somos. Nos dicen si actuamos de manera normal o desviada y nosotros no tenemos otra rejilla para comprender nuestras conductas. Interrogamos nuestra naturaleza porque creemos que allí en el fondo se encuentra el secreto de lo que somos y al hacerlo asumimos sin darnos cuenta una forma de ser. La verdad pertenece al terreno del descubrimiento y una vez desvelada nos inclinamos ante ella: ese es el juego en el que nos movemos. Así, por ejemplo, nos preguntamos por la naturaleza de nuestros deseos sexuales, nos ayudamos con algunos conocimientos científicos, descubrimos que somos heterosexuales u homosexuales, aceptamos inclinarnos ante esa verdad y procedemos con uno de los comportamientos previstos: asumamos o no nuestra condición sexual, ya sabemos lo que somos”.